

En el análisis de los documentos magisteriales, Río cita a Josemaría Escrivá y, con abundancia, a diversos teólogos de la Prelatura del Opus Dei que han ahondado en la teología sobre el laicado. Conviene recordar que Escrivá de Balaguer fue sobre todo un pastor y no un teólogo. Su predicación se centró en hacer comprender –para llevar a la práctica– el mensaje de santidad contenido en el Evangelio, dirigido a todos los cristianos por el simple hecho de serlo, y no solo a un grupo de estos. Tanto Pilar Río como los autores citados en este apartado, expresan con lenguaje teológico las enseñanzas pastorales del fundador del Opus Dei.

La lectura continuada del texto conduce la propia reflexión –de la mano de la autora– hacia la necesidad de definir líneas de acción pastoral, para aplicar las enseñanzas dogmático-pastorales del Concilio Vaticano II. A eso apunta Río al final de la obra, presentando algunos puntos firmes sobre la identidad eclesial de estos fieles, y proponiendo líneas de acción teológico-pastoral. Entre estas señala: despertar y reforzar la conciencia de una nueva identidad en Cristo y en la Iglesia; recordar e iluminar la unidad entre ser y misión, producida por el Bautismo: vocación a la santidad y llamada a ser Iglesia y a hacer la Iglesia, y apostar por la caridad, signo distintivo de la existencia en Cristo y en la Iglesia, principio dinámico de la unidad de vida y de la transformación del mundo. El humus declarado por la autora en la Presentación se percibe en el trasfondo de la exposición de todos estos aspectos, quizá de modo particular al referirse a la unidad de vida, realidad sobre la que san Josemaría Escrivá de Balaguer predicó desde los inicios de su ministerio sacerdotal y al que aludió en diversas homilías recogidas en *Es Cristo que pasa, Amigos de Dios y Conversaciones con Mons. Escrivá de Balaguer*.

En definitiva, sin tratarse de un estudio sobre un aspecto de las enseñanzas del fundador del Opus Dei, se reconoce la incidencia y la virtualidad de tal mensaje, ya sea en la Iglesia como en el autor de la obra analizada.

María Eugenia Ossandón W.

Jesús SEVILLA LOZANO, *Miguel Fisac. ¿Arquitecto de Dios o del 'Diablo'?*, Madrid, Editorial Nueva Utopía, 2014, 448 pp.

Este libro es una colección de entrevistas realizadas en 1996 y 1997 y publicadas al año siguiente del centenario (2013) del nacimiento de Miguel Fisac. Pero no sólo están esas entrevistas a Fisac realizadas por un médico, Jesús Sevilla, que se ha documentado sobre él y que deja patente su admiración por el entrevistado. También se intercalan entre ellas algunos textos autógrafos de Fisac, varios de los cuales (los capítulos 6 y 7) tratan directamente sobre el Opus Dei. Además, a esas entrevistas y memorias del propio Fisac hay que sumar una miscelánea de artículos de prensa sobre Fisac que el autor de este libro publicó en el periódico *Las Tablas de Daimiel*. Daimiel es un pueblo de la provincia de Ciudad Real (España) del que ambos son

originarios, y el periódico lo creó el propio Jesús Sevilla hace poco más de veinticinco años. En conjunto, la suma de esas tres piezas (entrevistas, memorias y artículos) resulta una biografía, elaborado como un relato que traza el devenir cronológico de una vida. Propiamente, estamos ante la primera semblanza sobre un destacado arquitecto español de la segunda mitad del siglo XX. Sin embargo, en sentido estricto, no es un estudio biográfico, porque este libro carece de una metodología histórica que integre en un enfoque unitario las fuentes empleadas. Fuentes que –por otra parte– se limitan a lo que podríamos llamar historia oral y autobiográfica, aunque acudir a los propios recuerdos es plenamente legítimo y no invalida el resultado. En síntesis, la semblanza reúne como rasgos su notable interés, su carencia severa de fuentes escritas, la falta de acribia y de distancia afectiva del autor respecto del sujeto del que habla. Esa cercanía, que aporta calidez humana y empatía hacia Fisac, resta sentido crítico y contribuye a confundir la postura del autor con la opinión del protagonista, aunque es posible distinguir algunos matices sobre este particular, como diré a continuación.

La lectura del libro deja la impresión de que el entrevistador, y no Fisac, quiere subrayar que el evento que «le afectó más íntimamente fue, sin duda, el hecho de sus casi 20 años de estancia en el Opus y de las repercusiones generales que de ello se derivaron» (p. 15). A lo largo del libro, Jesús Sevilla saca el tema del Opus Dei a la palestra, al preguntar reiteradamente sobre el particular a un Fisac que no parece muy dispuesto a “revelar” nada (en el sentido de descubrir algo nuevo o no sabido), porque nada tiene que revelar. El libro tiene también un prólogo del arquitecto Vicente Sánchez de León Pacheco, que subraya que Fisac, «por su carácter tan avinagrado» (p. 20), olvidó en sus declaraciones públicas lo mucho que recibió en el Opus Dei: «Yo personalmente creo injustos sus juicios tan negativos pues él mismo reconoce repetidas veces que lo que recibió, además de una buena formación, fue cariño, mucho cariño» (pp. 20-21).

El libro refleja bien el ambiente rural de la España de las décadas de los años 1910 a 1920 y de la vida de un universitario en el Madrid republicano, que se definió como «buen estudiante, aunque algo inquieto y mangoneante» (p. 35), que tuvo escrúpulos de conciencia, aunque «siempre preocupación religiosa desde niño» (p. 39).

El capítulo tercero es sobre el Opus Dei y la Guerra Civil (pp. 87-160). Afirma Miguel Fisac que entró en la Obra el 29 de febrero de 1936 porque el Padre –san Josemaría– se lo pidió (p. 99), pese a sus escrúpulos y su fuerte carácter: una decisión que «he lamentado siempre» (p. 100). Que deseaba salir del Opus Dei, pero que le ganaba el afecto que le mostraban todos (p. 100), también en el tiempo que Escrivá de Balaguer pasó en Burgos durante la Guerra Civil, donde charlaban sobre sus dudas de vocación, procurando san Josemaría animarle y consolarle (pp. 140-141). Que mantuvo una relación muy cordial con las personas de la Obra acabada la guerra, aunque proseguían sus dudas de vocación (p. 152), su angustia y llanto (p. 154), por lo que «para olvidar mi problema de vocación, utilizaba la arquitectura como una

droga, trabajando hasta los domingos» (p. 157). Que la Obra no le ayudó en sus primeros pasos como arquitecto (pp. 157-158).

Más adelante afirmará –por el contrario– que ser del Opus Dei le ayudó a crecer profesionalmente (p. 173), gracias a los encargos de José María Albareda, secretario del Consejo Superior de Investigaciones Científicas (p. 174). Y que, por tanto, su salida del Opus Dei le perjudicó profesionalmente, pues no ganó varios concursos teniendo méritos suficientes (p. 217). En definitiva, Fisac se autorretrata como una persona que en ocasiones se contradice y que permaneció veinte años en el Opus Dei por lealtad humana, por agradecimiento al buen trato que le dieron tanto Escrivá de Balaguer como todos con quienes convivió. Hay también algunas referencias ocasionales a su hermana Dolores, que perteneció al Opus Dei desde 1937 hasta su muerte en el año 2005.

El entrevistador desea volver sobre este tema y, más adelante, le hace una pregunta que revela el tono de Fisac: «Transcurrido más de medio siglo y con la perspectiva que da el tiempo, ¿cuáles fueron los motivos auténticos por los que el Padre Escrivá y sus colaboradores le retuvieron, contra su evidente falta de vocación y deseos de salirse del Opus?». A lo que contesta el arquitecto: «No es fácil responder a esto; o mejor, es difícil hacerse cargo de mi situación anímica y de mi temperamento de entonces; e igualmente de los argumentos que mis compañeros-socios utilizaron para neutralizar mis deseos de salir. Parecía que se habían puesto de acuerdo los que me rodeaban para brindarme una complacencia tan amigable, tan leal y comprensiva –ante mi mal genio o mi actitud violenta en algunos casos– que me desarmaban, y al final me convencían para no abandonar. Puedo afirmar que nunca hicieron nada que pudiera molestarme o enfadarme; y, al revés, me consentían todo» (p. 191).

El capítulo cinco contiene un tramo extenso sobre las razones de su abandono de la Obra, hecho que ocurre en 1955. El capítulo seis no prosigue el orden de preguntas y repuestas, sino que arranca con un texto de carácter memorístico ya publicado en internet, sobre el convencimiento de Fisac de ser perseguido por el Opus Dei. Gran parte de las preguntas sobre la vida profesional de Fisac desprenden un cierto tono quijotesco y nostálgico, del entrevistador y del mismo Fisac: un haber querido transformar el urbanismo o la arquitectura española sin lograrlo, por la fuerza de los intereses económicos y políticos, o la intervención de factores personales que habrían supuestamente detenido la progresión del arquitecto. Fisac vincula esos factores personales a su salida del Opus Dei y al abandono que afirmó sentir por algunos de sus miembros. Este punto, que el entrevistador denomina repetidamente una “conspiración del silencio” en torno a Fisac, tiene un tono velado y, quizá, trasluzca la intención de que el lector vea maniobras ocultas y tejemanejes que habrían lastrado la carrera profesional de Fisac. Desde luego, el texto alude a circunstancias relacionadas con el (poco) tacto de Fisac, la peculiar visión artística del arquitecto, su falta de conexión con ambientes de la época, etc. Es decir, a un conjunto de realidades que explican que –como en el ejercicio profesional de cualquier persona– los proyectos profesionales no salgan del modo que alguien planea, porque las inercias de todo tipo

son difíciles de cambiar por quienes se consideran una vanguardia, porque nadie vive aislado y los “otros” –los conciudadanos de cualquier lugar y tiempo– tienen vida propia, intereses distintos, otros planes en definitiva diversos, en este caso, de los que tuvo Miguel Fisac para la renovación de la arquitectura española.

La visión monocausal y la supuesta responsabilidad *conspiratoria* del Opus Dei que marcan al entrevistador se hacen presente de nuevo al final del libro, con la siguiente pregunta: «Don Miguel, cualquier lector desapasionado probablemente pensará que usted ha tenido una “fijación” por el tema del Opus Dei». A lo que Miguel Fisac responde: «Morí [sic] y viví, a fondo, lo que fue el Opus y fui testigo excepcional de sus primeros años de existencia. Sin embargo, no deseo insistir más sobre lo que me sucedió después de mi salida, pues no hay que olvidar que estos hechos acaecieron hace más de medio siglo, y sólo durante 20 años, dentro de una larga vida de cerca de 90 años que me ha concedido Dios. Por otra parte, a lo largo de estas entrevistas o mejor charlas de amigo, he repetido varias veces que, cuando salí del Opus, me prometí que diría siempre la verdad, siguiendo la certeza evangélica de que “La verdad nos hará libres”, y la verdad nunca puede tener frutos negativos. Y siempre que tengo que referirme a la Obra, procuro hacerlo con amor hacia las personas que, de una forma más o menos cercana, les pueda afectar. Me refiero a su espiritualidad, a su alma. Repito: la estructura de la Obra ha cambiado mucho y a mí cada día me gusta menos, aun reconociendo que ha hecho y sigue haciendo cosas muy positivas. Sin embargo, a sus miembros les quiero de todo corazón» (pp. 349-350).

En conclusión, el entrevistador presenta un Fisac idealizado que habría merecido más de no ser por las intrigas del Opus Dei. Al mismo tiempo, Jesús Sevilla *salva* a Josemaría Escrivá, de quien subraya el excelente trato que brindó al arquitecto (pp. 398-404) y condena –habitualmente sin que Fisac cite nombres– a algunas personas de la Obra que, según él, le trataron mal. En cualquier caso, estamos ante un personaje y arquitecto singular, que merece trabajos monográficos sobre su legado profesional. Ante una persona cuyo carácter difícil no impidió ni su admisión en el Opus Dei ni el afecto con que le trataron sus miembros. Y, por último, ante alguien que fue utilizado como un ariete para criticar la beatificación de Josemaría Escrivá en 1992 (cuestión que el libro sobrevuela sin mencionar), desde la autoridad que le daba su admisión y pertenencia a la Obra desde 1936 hasta 1955. Fisac tendrá su lugar en la historia de la arquitectura española y también lo ocupa en los primeros años de la vida del Opus Dei, como Pedro Rodríguez se ha ocupado de documentar en su edición crítica de *Camino*, en cuya edición Fisac tuvo un papel destacado. Una historia del Opus Dei –aún por elaborar– permitiría conocer mejor el papel y las tribulaciones que éste y otros hombres y mujeres tuvieron junto al fundador para desarrollar la institución. Este libro, en fin, es una avanzadilla útil, pero fragmentaria e incompleta, para hacerse cargo de la figura de Miguel Fisac y su presencia en las primeras décadas de vida del Opus Dei.

Santiago Martínez Sánchez